

Históricas Digital

Patrick Johansson K.

“El nahuatlato”

p. 42-49

Miguel León-Portilla

A 90 años de su nacimiento

Ana Carolina Ibarra, Eduardo Matos Moctezuma y María Teresa Uriarte (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas,
Coordinación de Difusión Cultural/
Fideicomiso Felipe Teixidor y Monserrat Alfau de Teixidor

2017

112 p.

Fotografías e ilustraciones

ISBN 978-607-02-8968-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 22 de enero de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/677/leon_portilla.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Con los miembros del Seminario de Cultura Náhuatl hacia 2013

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

LA FILOSOFÍA NÁHUATL
ESTUDIADA EN SUS FUENTES



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
"FELIPE TEIXIDOR Y MONSERRAT ALFAU D"

El nahuatlato

PATRICK JOHANSSON K.

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

Entre las múltiples facetas que definen a Miguel León-Portilla como investigador del mundo indígena —además de historiador, filólogo y filósofo—, destaca la del nahuatlato, es decir, en la primera acepción del vocablo: “hablante de la lengua náhuatl”.

Emulando a fray Bernardino de Sahagún y siguiendo al pie de la letra los consejos categóricos de su mentor Ángel María Garibay, Miguel emprendió el interés por el náhuatl desde las primeras etapas de su formación como estudiante de la cultura prehispánica. Es preciso señalar que —como se había dicho maliciosamente del padre Garibay en otro contexto— Miguel tiene el “don de lenguas”: además de ser nahuatlato, es griegotlato, latintlato, francesatlato, ingléstlato, alemantlato, entre otros, para no *tlatoar* más del asunto, si me permiten este neologismo.

Ahora bien, si el vocablo *nahuatlato* remite, en primera instancia, al que habla la lengua náhuatl, desde los primeros años de la Colonia había adquirido el sentido de “intérprete”, no sólo del náhuatl a otra lengua, y viceversa, sino también de una lengua indígena —cualquiera que fuera— a otra. Es probable que esta extensión del sentido de “hablante” o “intérprete” de la lengua náhuatl a *intérprete* en términos generales haya sido por antonomasia, pero hurgando —como lo hubiera hecho Miguel— en la etimología de la palabra “náhuatl” encontramos el sentido de “claridad”. El *nahuatlato* es aquel que habla claro y, por ende, el que “esclarece” lo que dice un interlocutor, hablante de otra lengua; es decir, en un contexto prehispánico, un *popoloca* o un *tenitl*: un “bárbaro” o “extranjero”.

Miguel León-Portilla es nahuatlato, como conocedor y hablante de la lengua, pero también como *intérprete*, no sólo para traducir sino para *esclarecer* lo que decían los indígenas y cómo lo decían.

La lengua náhuatl

El filósofo alemán Johan Gottlieb Fichte escribió: *Die Sprache eines Volkes ist seine Seele*: “La lengua de un pueblo es su alma.” En circunstancias occidentales de expresión, esta afirmación lapidaria, algo hiperbólica, no pasa de ser una metáfora, si bien expresa el alto valor que tiene un idioma en la identidad cultural de un pueblo. En un contexto prehispánico cobra un valor ontológico, ya que una de las almas, o principios anímicos indígenas, residía precisamente en el aliento *ihíyotl*: en la voz que brotaba de la interioridad física y mental de un ser, y de la lengua esculpida en ella.

El náhuatl es una lengua polisintética que permite la composición de bloques nominales o verbales compactos, donde los adjetivos, los adverbios y los complementos se funden con los radicales sustantivos o verbales en una masa sonora; unidad expresiva reacia a separar lo circunstancial de lo esencial, reflejo a su vez de un mundo en el que la circunstancia y la esencia resultan inseparables. Por ejemplo, cuando el poeta náhuatl dice: *xochicueponi in nocuic*, “mi canto se abre [como] una flor” (literalmente: “flor abre mi canto”), prescinde del elemento comparativo “como”, herraje lingüístico que impide la fusión en una unidad sinestésica de la fragancia y de la imagen.

La ausencia de bisagras preposicionales en la lengua náhuatl da mucha movilidad al sentido y permite que se forme en el texto un verdadero *espectro* adjetival, nominal o verbal que incita al receptor a pasar a una dimensión sensible “impresionista” para poder percibir el mensaje con todos sus matices.

La fusión de los significados que propicia el carácter polisintético y derivacional de la lengua náhuatl, así como la efervescencia semántica que genera, la hacen idónea para la poesía o para las escaramuzas verbales que son los albures. Dificulta, por lo mismo, la tarea del traductor o del intérprete.

El historiador nahuatlato

No repetiré lo que expresó Rodrigo Martínez Baracs en cuanto al historiador. Diré tan sólo que el hecho de tener un dominio de la lengua nativa, como lo tiene Miguel, le permitió reconstruir el pensamiento indígena a partir de los textos de la oralidad náhuatl —recogidos y transcritos por Sahagún, entre otros recopiladores— y dar lo que él llamó y se conoce ahora como la “visión de los vencidos”, una visión propiamente indígena de los acontecimientos históricos en los que los nativos estuvieron implicados y una imagen más auténtica de su cultura.

Además de diferir frecuentemente de las crónicas españolas y de multiplicar, asimismo, los puntos de vista, las fuentes en náhuatl contienen matices expresivos que enriquecen los contenidos y son aprehensibles únicamente por el nahuatlato, por la dificultad de traducirlos a otra lengua.

Ahora bien, muchas de las fuentes en castellano de las que disponemos provienen de testimonios o textos orales genuinamente indígenas, pero el hecho de redactarlos en español, y según modalidades discursivas radicalmente distintas, borró muchos de sus matices y alteró tanto la forma como el contenido de las versiones originales. En esta reescritura, el punto de vista, la idiosincrasia y, más generalmente, el marco cognitivo-ideológico del cronista se manifiestan; además, éste toma regularmente una prudente distancia con lo que relata, incluye metatextos que desvirtúan lo referido, lo refuta e incluso toma una actitud irónica o peyorativa en relación con lo que describe. En términos literarios, el texto escrito en español a partir de un testimonio náhuatl es, en la terminología de Gérard Genette, un *hipertexto* respecto del *hipotexto* original expresado oralmente por el informante.

Asimismo, las interpolaciones sutiles que se insinuaron en textos como los discursos retóricos *huehuetlahtolli* o los cantares *cuicatl* son difícilmente detectables, si no se tiene el conocimiento profundo de la lengua náhuatl y del extenso abanico de sus posibilidades expresivas.

El filósofo nahuatlato

Sin anticiparme tampoco a la doctora Juliana González, de Miguel León-Portilla como filósofo quiero simplemente señalar la importancia que tiene el hecho de hablar la lengua en la cual se expresaron las ideas y los sentimientos de los antiguos nahuas. En un mundo donde prevalece la inmanencia, en el sentido filosófico del término, en el que impera una cognición sensible, por muy difuso que sea lo que se siente, el “sentir” representa el *saber verdadero*. En este contexto, la idea “hace cuerpo” con la palabra que la expresa, por lo que un estudio filológico de los textos resulta imprescindible.

Como lo estableció Miguel, la locución náhuatl que corresponde a la reflexión filosófica es *ninoyolnonotza*, literalmente “diálogo con mi corazón”. Esta meditación en torno a los problemas existenciales que se percibían entonces tiene un tenor cognitivo muy distinto del que proporcionaban mitos, ritos y cantos. Mientras que en los mitos una respuesta cognitivamente difusa responde infraliminalmente a una pregunta todavía vaga,

“crepuscular”, en la reflexión, tanto el cuestionamiento como la respuesta son relativamente *claros*. Sin embargo, por muy lógico y racional que fuera el cuestionamiento, el pensamiento indígena lo concebía como un diálogo entre el intelecto y la sensibilidad, entre la mente y el corazón. Reflexionar era dialogar con su corazón *neyolnonotza*, es decir, en este contexto, fundir la argumentación intelectualmente configurada en el crisol de la sensibilidad.¹

La filosofía náhuatl, publicada hace 60 años, en 1956, fue la piedra angular de esta reconstrucción del pensamiento indígena a partir de las fuentes en náhuatl.

El filólogo nahuatlato

En *La filosofía náhuatl*, Miguel León-Portilla inauguraba lo que iba a ser su método de acercamiento a la cultura náhuatl, un método que vincula la filología con la filosofía en una búsqueda sistemática de la raíz: *nelhuayotl*, la cual entraña como lo revela su etimología: *nelliztli*, “la verdad” oculta del mundo prehispánico.

En su exploración filológica, el autor no dudaba en desmontar el aparato gráfico-alfabético que recubría el edificio cultural indígena para encontrar sus fundamentos orales y pictográficos. Apoyándose sobre micro y macrocontextos históricos o religiosos, Miguel León-Portilla surcaba los campos de la lengua náhuatl y de sus distintas modalidades expresivas en busca de *sentido*. Más allá de los núcleos semánticos, consideraba las connotaciones más ínfimas que gravitan en torno a las palabras.

En un mundo en el que existe una gran permeabilidad entre lo sensible somático y lo inteligible psíquico, en el que el sentir y el comprender se funden en una sola noción (*mati*), el tejido verbal está hecho con las fibras mismas del ser.

La traducción: tlahtolcuepaliztli

Después de haberse internado en los arcanos de la lengua náhuatl y haber explorado el lenguaje metafóricamente sibilino de los textos, un cometido del nahuatlato fue difundir, poner al alcance de los lectores la palabra de los antiguos nahuas, es decir, traducirla al castellano sin traicionar el pensamiento que entraña.

¹ Cfr. Patrick Johansson K., “¿Le ixiloiocan, yn imiyaoayocan oacico tlatolli? ¿Ya llegó a jilote, ya llegó a mazorca el discurso? Consideraciones epistemológicas indígenas en el libro IV de la *Historia general*”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, v. 35, 2004, p. 207-224.

Numerosos son los textos indígenas traducidos por Miguel León-Portilla, desde *Visión de los vencidos* hasta la reciente edición de *Cantares mexicanos*. La traducción es una tarea difícil y, más aún, cuando se traduce de una lengua polisintética, como el náhuatl, a lenguas flexivas, como el español u otras lenguas indoeuropeas.

En este contexto trans-lingüístico náhuatl/español, se aplica el verso de Paul Valéry que caracteriza la percepción poética de un texto: *une longue hésitation entre le son et le sens* (“una vacilación prolongada entre el sonido y el sentido”) haciendo de la traducción una verdadera *alquimia* verbal. En términos generales, la traducción tal y como la concibe Miguel León-Portilla se sitúa entre una literalidad transparente que deja ver los mecanismos lingüísticos de producción de sentido, sin llegar a la a-gramaticalidad en la lengua receptora, y un “transvase” de la idea original en un contenedor verbal distinto pero que la refleja.

Como ejemplo citaré tan sólo un verso del manuscrito *Cantares mexicanos*, el cual me parece expresar un sentimiento que nos anima a todos, hoy, en este homenaje: *Moquetzalizquioxochintzetzelo in icniuhyotl* (“La amistad es lluvia de flores preciosas”)² en la traducción de Miguel León-Portilla.

La locución verbal náhuatl *moquetzalizquioxochintzetzelo* es una yuxtaposición polisintética de paradigmas semánticos y sonoros que parecen intraducibles. El verbo *moztetzelo*, “esparcir”, encierra entre el morfema pronominal *mo-* y el verbo *tetzelo* tres sustantivos que se desgranar verdaderamente: la pluma de *quetzal*, verdiazul y aterciopelada, el sabroso y dorado *ezquite*, y la flor *xochitl* que exhala su fragancia, en una hermosa e inaprehensible sinestesia.

La traducción de Miguel es la transmutación poética de un verso indígena en el atañor de la lengua castellana.

El lingüista nahuatlato

En su aproximación filológica y filosófica a los textos nahuas, Miguel León-Portilla remonta frecuentemente hasta el manantial de la expresión indígena: la “competencia lingüística”, en el sentido que dio Ferdinand de Saussure a esta locución. El análisis gramatical de los textos fue y sigue siendo una actividad constante del maestro y de los alumnos

² *Cantares mexicanos*, f. 10r. En la reciente edición del documento, Miguel modificó su traducción: “La amistad se esparce cual lluvia de flores del árbol precioso.” *Cfr. Cantares mexicanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Fideicomiso Teixidor, 2011, v. II, t. 1, p. 119.

en el Seminario de Cultura Náhuatl. Algunas de sus propuestas lingüísticas figuran en estudios introductorios de varias ediciones de gramáticas como el *Arte de la lengua mexicana*, de Horacio Carochi, y el *Arte de la lengua mexicana*, de fray Andrés de Olmos, realizada esta última con doña Ascensión Triviño de León-Portilla. En los estudios preliminares de dichas obras, el nahuatlato no sólo aquilata el trabajo realizado por el jesuita y el franciscano, respectivamente, sino que emite juiciosas observaciones en relación con el *espíritu* gramatical de la lengua náhuatl.

En un marco lexicográfico destacan el estudio introductorio de la edición del *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, de fray Alonso de Molina, y el prólogo que hizo del *Diccionario español-náhuatl* de Paul de Wolf, entre otros.

El escritor en lengua náhuatl

Miguel León-Portilla no es solamente un profundo conocedor de la lengua náhuatl sino, como ya lo expresamos, es también un hablante. Conversa con sus discípulos indígenas en su lengua. En lo personal, recuerdo con emoción mi examen de doctorado en Letras por la Université Paris-Sorbonne, en 1988, con una tesis intitulada *Análisis estructural de la literatura náhuatl prehispánica*. Tuve el honor de tener a Miguel —entonces embajador de México ante la unesco (1987-1992)— como miembro del jurado. El diálogo se inició armoniosamente en náhuatl, antes de que vinieran preguntas insidiosas en francés.

Después de haber surcado los campos fértiles de la cultura náhuatl durante muchos años, tanto en su contexto histórico prehispánico como contemporáneo, Miguel quiso expresar sus propias ideas y sentimientos en la lengua de Nezahualcōyotl. Varios son sus escritos en esta lengua, esencialmente poesía.

Para concluir, aduciré un poema en náhuatl de su autoría, publicado en la revista *Universidad de México* hace algunos años, cuyo título es *Ihcuac tlahtolli ye miqui*: “Cuando muere una lengua.”³

3 Miguel León-Portilla, *Ihcuac tlahtolli ye miqui*: “Cuando muere una lengua”, *Universidad de México*, Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México, n. 569, junio 1998, p. 24-25.



*Ihcuac tlahtolli ye miqui,
mochi in teoyotl,
cicitlaltin, tonatiuh ihuan metztli;
mochi in tlacayotl,
neyolnonotzalitzli ihuan huelicamatiliztli,
ayocmo neci
inon tezcapan.*

*Ihcuac tlahtolli ye miqui,
mochi tlamantli in cemanahuac,
teoatl, atoyatl,
yocalme, cuauhtin ihuan xihuitl
ayocmo nemililoh, ayocmo tenehualoh,
tlachializtica ihuan caquiliztica
ayocmo nemih.*

*Quinihcuac motzacua
nohuian altepepan
in tlanexillotl, in quixohuayan.
In ye tlamahuizolo
occetica
in teoyotl, in tlacayotl,
in mochi mani ihuan yoli in talticpac.*

*Ihcuac tlahtolli ye miqui,
itlazohticatlahtol,
imehualiz eltemiliztli ihuan tetlazotlalitzli,
ahzo huehneh cuicatl,
ahnozo tlahtolli, tlatlauhtiliztli,
amaca, in yuh ocatcah,
hueliz occepa quintenquixtiz.*

*Ihcuac tlahtolli ye miqui,
occequintin ye omiqueh
ihuan miec huel miquizqueh.
Tezcatl maniz puztecqui,
netzatzililiztli icehuallo
cemihcac necahualoh:
totlacayo motolinia.*

**Cuando muere una lengua,
las cosas divinas,
estrellas, sol y luna;
las cosas humanas,
pensar y sentir,
no se reflejan ya
en ese espejo.**

**Cuando muere una lengua,
todo lo que hay en el mundo,
mares y ríos,
animales y plantas,
ni se piensan, ni pronuncian
con atisbos y sonidos
que no existen ya.**

**Entonces se cierra
a todos los pueblos del mundo
una ventana, una puerta.
Un asomarse
de modo distinto
a las cosas divinas y humanas,
a cuanto es ser y vida en la tierra.**

**Cuando muere una lengua,
sus palabras de amor,
entonación del dolor y querencia,
tal vez viejos cantos,
relatos, discursos, plegarias,
nadie, cual fueron,
alcanzará a repetir.**

**Cuando muere una lengua,
ya muchas han muerto
y muchas pueden morir.
Espejos para siempre quebrados,
sombra de voces
para siempre acalladas:
la humanidad se empobrece. ☹️**